

Beatriz Sarlo,
La batalla de las ideas (1943-1973),
Biblioteca del Pensamiento Argentino, tomo VII, Buenos Aires, Ariel Historia,
2001, 468 páginas

La Biblioteca del Pensamiento Argentino es una colección dirigida por Tulio Halperin Donghi que consta, según el proyecto difundido en los volúmenes ya aparecidos, de siete tomos, y abarca un período que va de 1810 a 1973. El lapso de treinta años entre 1943 y 1973, debido a su complejidad, exigió, a juicio de los autores, un desdoblamiento en dos tomos diferenciados. Así, en marzo de 2001 apareció *Bajo el signo de las masas*, de Carlos Altamirano, y en septiembre *La batalla de las ideas*, de Beatriz Sarlo. Ambos autores, en sendas “advertencias”, ponen de manifiesto las razones del necesario desdoblamiento. Dice Sarlo: “Altamirano se haría cargo del pensamiento político en un sentido bastante estricto porque son los militares, los sindicalistas, los partidos, los políticos y, entre ellos, las figuras dominantes de Perón y Frondizi, quienes se pronuncian; [...]” (p. 13). Por su parte, Sarlo se ocupará de los “discursos *sobre* la política y la sociedad, [...]”; sus emisores no eran políticos sino intelectuales [...]. Se trata, tanto en este caso como en el primero, de hombres y de organizaciones, de grupos y de instituciones: intelectuales y artistas, universitarios, la Iglesia, el movimiento estudiantil” (pp. 13-14). Recortados los objetos de estudio, ambos libros

responden al formato previsto para la colección: un “estudio preliminar” y una “antología”; el autor, por tanto, cumple la doble función de compilar el material documental y de postular, a partir de ese material, una lectura crítica.

Resulta llamativa, a primera vista, la decisión de los cortes de inicio y final del período en estudio. Los datos políticos más evidentes parecen relacionar los cortes con la aparición en la escena política de Perón en junio de 1943 y el inicio de su tercera y efímera presidencia en octubre de 1973; en palabras de Sarlo: “fechas marcadas por el surgimiento, la caída, la proscripción y el regreso del peronismo” (p. 14). Sin embargo, la estrategia de ambos libros se diferencia en los modos de ordenar el material documental. En Altamirano prevalece un ordenamiento que privilegia lo cronológico en tres bloques bien diferenciados: el primer peronismo, el desarrollismo frondicista y la polarización entre la consolidación del militarismo y la radicalización ideológica del peronismo y la izquierda. Sarlo –en nuestra opinión, acertadamente– opta por respetar la relativa especificidad de los discursos de los diferentes actores –especificidad que se irá diluyendo progresivamente– y las cronologías a menudo se proyectan en el tiempo, imbricándose y

superponiéndose. Sin embargo, es posible advertir ciertas constantes que tienden a unificar los procesos y a cuestionar cada vez más la relativa autonomía de los campos; lo que Sarlo llama “una línea narrativa”, definida precisamente por la pérdida creciente de especificidad con relación a los “grandes temas”: “ciencia y técnica (de la investigación a la denuncia de las condiciones dependientes del saber); literatura y artes (del compromiso al arte político, de la modernidad y la vanguardia a la revolución); universidad (el fin de la cuestión universitaria propiamente dicha, que se disuelve en la revolución en la universidad y una universidad para la revolución); catolicismo y socialcristianismo (de las encíclicas a la teología de la liberación)” (pp. 14-15).

“¿Qué hacer con las masas?” se titula el primero de los bloques y tanto el estudio preliminar como la compilación del material fueron realizados en colaboración con Carlos Altamirano. Allí se recogen los textos que ponen en discusión el fenómeno peronista durante los años posteriores a la caída del régimen. El itinerario incluye las reacciones de la revista *Sur*, que tienden a enmascarar el debate político en apelaciones éticas (“Moralmente, bajo la dictadura uno se sentía más libre en la cárcel que en la calle”, dice Victoria Ocampo

[p. 119]) o en ironías sobre el mal gusto (“Más curioso fue el manejo político de los procedimientos del drama o del melodrama”, dice Borges [p. 122]), que anateman a Perú desde los célebres eufemismos del “presidente depuesto”, “el tirano” o equivalentes; la temprana toma de distancia de Mario Amadeo respecto de las casi unánimes diatribas; las derivaciones de la controversia en la llamada “nueva izquierda” de *Contorno*; la reinterpretación del fenómeno desde la “izquierda nacional” (J. A. Ramos); y la intervención de Germani a partir de las por entonces novedosas armas de la sociología.

El segundo de los bloques, “Cristianos en el siglo”, incluye dos textos de monseñor Gustavo Franceschi, director de la revista *Criterio*, en los que, por un lado, adopta, frente a los debates de “derechas e izquierdas”, la conocida posición de equidistancia frente al liberalismo capitalista y al comunismo, y por otro, entra en polémica contra los “cristianos progresistas” y advierte sobre el equívoco de suponer viable una alianza de cristianismo y marxismo. Según Sarlo, “*Criterio* reitera un leitmotif: es imposible luchar contra el comunismo sin abrazar al mismo tiempo la causa de la justicia social” (p. 44). En este sentido deben leerse sus implícitas simpatías con el peronismo y sus reticencias ante la radicalización de los jóvenes militantes cristianos. Este creciente proceso de radicalización se encuentra testimoniado en una entrevista al profesor Eggers Lan, en las transformaciones producidas en

la Democracia Cristiana desde mediados de la década de 1960, y en intervenciones públicas de hombres (en especial, el R. P. Mugica) y organizaciones (el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo).

En “Los universitarios” es posible distinguir tres núcleos. En el primero de ellos se plantea el antirreformismo del peronismo en discursos de Jordán Bruno Genta y del propio Perú —en oportunidad de promulgar la Ley Universitaria del ’47—, en los que se insiste sobre los necesarios límites de la autonomía para mejor integrar el trabajo de la universidad en los objetivos e intereses de la nación. En oposición a ellos, las intervenciones de universitarios como Dell’Oro Maini, José Luis Romero y Risieri Frondizi en el momento que rescatan la tradición reformista buscan ampliar sus alcances mediante una actualización del concepto de extensión universitaria. El segundo núcleo se centra en debates más internos a la institución universitaria, con relación a las políticas de ciencia y técnica y a las polémicas abiertas entre estudiantes reformistas y humanistas. El tercer núcleo se titula, significativamente, “El fin de la cuestión universitaria”, ya que en los testimonios de Ramón Alcalde y Rodolfo Puiggrós se puede advertir la disolución de las cuestiones específicas en la primacía excluyente del proyecto revolucionario.

Por último, el cuarto de los bloques, “Historiadores, sociólogos, intelectuales”, se abre con textos de Murena y Sebrelí, que documentan una

escritura ensayística tributaria en gran medida de Martínez Estrada y que no encontró, en los años posteriores, cauces de continuidad. La renovación de las diferentes prácticas disciplinarias (historia, sociología, literatura) ocupa un lugar central en la antología. Así, la tarea decisiva de Tulio Halperin Donghi en la historiografía y de Gino Germani en los estudios sociológicos tiene su correlato en las novedosas miradas críticas de David Viñas y Noé Jitrik sobre la historia literaria argentina, y en los arduos debates sobre estructuralismo, marxismo y psicoanálisis que enfrentan a Juan José Sebrelí, Eliseo Verón y Oscar Masotta, los que terminaron por convertirse en un verdadero emblema de la época, toda vez que se mencionan las polémicas que atravesaron la década de 1960. La radicalización que se había planteado en vastos sectores de la Iglesia y en la actividad universitaria retorna en “Intelectuales y artistas”: los debates sobre la función del intelectual no hacen más que subsumir, una vez más, la actividad intelectual y artística en la lucha revolucionaria.

Tres notas finales. Primera: Parece redundante, a esta altura, destacar la lucidez crítica de Beatriz Sarlo; en su “Estudio preliminar” se acompaña el itinerario que la antología sugiere a través de una lectura interpretativa que conecta ideas y discursos mediante un ajustado y riguroso proceso de contextualización. Segunda: La antología cumple acabadamente con el objetivo de la colección y brinda un panorama

ilustrativo de treinta años de pensamiento argentino. Tanto la selección como el ordenamiento responden al criterio al que deben ajustarse las antologías: que los textos que “faltan” se encuentren representados en los textos presentes. Tercera: En la “Advertencia” del libro de Altamirano que citamos al comienzo, el autor procura justificar el cierre del período en el año 1973: “El criterio para fijar este término responde

obviamente a una interpretación: la de que a partir de entonces ninguno de los actores en presencia invocará, para dar validez pública a sus acciones o a sus expectativas, razones que no formaran parte de un repertorio de estereotipos ya establecidos. Lo que se enuncia, sea para definir relaciones de alianza o de oposición, sea para indicar qué tipo de autoridad se considera legítima o cuál es la sociedad deseada, pertenece a

un discurso ya codificado, y lo que se propala es, más que nada, repetición y exceso de lo mismo” (pp. 12-13). La lectura de la antología no hace más que confirmar este aserto, como si la tragicidad cíclica de nuestro fracaso tuviera su correlato en un pensamiento empecinadamente repetitivo.

José Luis de Diego
UNLP